

Sección de notas

LOS DOS LENGUAJES DE VIRGINIA WOOLF

El mundo es unas cuantas tiernas imprecisiones...

JORGE LUIS BORGES

On n'écrit pas avec les mots des autres.

G. MESCHONNIC

Tal vez ninguna historia es tan coherente y apolínea como se tiende a imaginarla. Tampoco la de Virginia Woolf, historia apasionada y desgarradora a un tiempo de una mujer hipersensible, escritora nata, cuya vida es una lucha cotidiana frente al asedio de la locura. ¿Quién habría de decir que esa dama, respetuosa de las formas sociales establecidas, preocupada por los hechos menudos que acontecen en su mundillo, es la misma que despanzurra el discurso tradicional de la narrativa inglesa para dejar al descubierto esos relámpagos de intensidad que atraviesan al yo o para atrapar «el fluir de la conciencia»? No es fácil reconocer en ese personaje que se pasea por los salones de la sociedad eduardiana, posa para *Vogue* (claro está que esto le sirve para hacer inteligentes reflexiones sobre los estados de conciencia que aparecen en la vida social, la conciencia de *party*), toma interminables téis o asiste al Derby, no es fácil reconocer, decíamos, a ese ser angustiado que siente la vida como «una cinta de asfalto al borde del abismo» por la que camina, tambaleante, sin saber si logrará recorrerla hasta el fin.

No menos sorprendente es comprobar que V. W., militante socialista, miembro de la Fabian Society, un día anota en su Diario: «Rara vez penetrada por el amor a la humanidad, cual es mi caso, a veces me apiado de las gentes pobres que no leen a Shakespeare...».

¿Cuál es, podríamos preguntarnos, la verdadera V. W.? ¿La heredera del convencionalismo victoriano que, como cualquier muchacha joven de su época, desea casarse o la que defiende una vida privada más permisiva —como la mayoría de los miembros de Bloomsbury,

por otra parte— que no ahogue en una marea de prejuicios sus tendencias homosexuales? ¿La escritora que rescata el *beautiful nonsense*, la libertad creadora o la que en su crítica literaria —aguda y certera, casi siempre— no logra verla en el *Ulises* de Joyce y queda «desconcertada, aburrida y desilusionada por el espectáculo de un asqueroso estudiantillo rascándose el acné»?

La historia de V. W. reúne esta y muchas otras facetas, a veces curiosas, tiernas o dramáticas, tal vez más dramáticas que la de la mayoría de los seres humanos, pero con una capacidad creativa que no es habitual. «Cuando escribo, soy tan sólo una sensibilidad.»

Arbitrario y seductor parece haber sido Sir Leslie Stephen, el padre de Virginia. Humanista destacado, autor de una *Historia del pensamiento inglés en el siglo XVIII* y del *Ensayo sobre el libre pensamiento*, Sir Leslie Stephen se ha ganado, sin duda, el respeto y el lugar que la sociedad reserva a esos «eminentes victorianos», al decir de Lytton Strachey.

De los cuatro hijos que tiene con su segunda mujer, Julie Duckworth, ninguno se aparta de la tradición cultural que flota en el hogar de los Stephen. Sir Leslie dirige con espíritu patriarcal —y no sin despotismo— la educación de sus hijos: los varones —Adrián y Thoby— irán a Cambridge; en cuanto a Vanessa y Virginia, naturalmente, se educarán en casa. Esto es lo que establece la costumbre en la sociedad victoriana y Sir Leslie no está dispuesto, ni remotamente, a romperla. Virginia recordará toda su vida esta actitud del padre con rencor. Sin embargo, ella misma reconoce que, a cambio, les dio una libertad total para leer lo que quisieran de la rica biblioteca familiar. Y aún más. Sir Leslie alentó con enorme tacto el interés de Virginia por la literatura y el de Vanessa por el arte.

Por esos años, Virginia afianza su vocación de lectora que no hará sino crecer con el paso del tiempo. En su Diario —escrito a partir de 1915— las lecturas ocupan gran parte de sus reflexiones; reflexiones sagaces, originales, llenas de matices, de quien no sólo analiza un libro sino que además vive y siente una historia. Virginia no lee sólo lo que el autor dice, sino lo que sugiere y, además, lo que ha callado.

En 1906, Thoby Stephen, de vuelta de un viaje a Grecia, muere, muy joven, a causa de una fiebre tifoidea. Virginia, que ya había tenido la primera fractura de su estabilidad psíquica, parece más recuperada y asume la muerte de Thoby. Sin embargo, ninguna pérdida familiar dejará en ella una huella más larga y dolorosa que la de este hermano que se ha llevado consigo la alegría y la juventud. Más tarde,

en *Las olas*, intentará recuperarlo en la figura de Percival, el héroe esperado que al llegar «vierta en esta estancia esa cosquilleante luz, esta intensidad del ser, de manera que las cosas pierdan su habitual utilidad.»

BLOOMSBURY

Después de la muerte de Thoby, los que habían sido sus compañeros y amigos en Cambridge, se acercan más a Adrián. Allí están Lytton Strachey, que quiere ser escritor; Leonard Woolf, que ha regresado a Londres después de una larga estadía en la India como funcionario del Civil Service —en el que aún no sabe si continuará o no— y Clive Bell, teórico de arte, que se casa con Vanessa Stephen en ese mismo año de 1906. Las reuniones que poco a poco se vuelven habituales se hacen en casa de los Bell, situada en el 46 de Gordon Square, una calle del barrio de Bloomsbury. También Adrián y Virginia viven en ese barrio de casas austeras. En una de ellas, cada uno de los hermanos Stephen ocupan un piso, en otro viven el pintor Duncan Grant y John Maynard Keynes, economista que años después tendrá fama mundial. El último piso del 38 de Brunswick Square está reservado para Leonard Woolf. Todos participan de las reuniones en casa de los Bell, donde además asiste Desmond Mac Carthy, crítico literario y director del *New Statesman* (en el que Virginia hará, durante años, reseñas literarias, así como en el *Times Literary Supplement*); va también Roger Fry, crítico de arte; el novelista E. M. Forster; Bertrand Russell y, más tarde, T. S. Eliot. El centro son Vanessa y Virginia, dos jóvenes de una belleza que «cortaba el aliento» —dice L. Woolf al conocerlas— y, por si fuera poco, sensibles e inteligentes. Pero si las hermanas Stephen seducen a los jóvenes con su gracia, con su conversación, también escandalizan a las personas mayores por su «aire emancipado». Es lo que, con gesto desaprobatorio, opina Henry James, amigo de Sir Leslie Stephen. Ajenas a los comentarios o tal vez divertidas por el mero hecho de provocarlos, Virginia y Vanesa disfrutaban de esas largas noches en las que, entre chocolate, whisky y panecillos, se charla y se discute con pasión. ¿De qué hablan? De todo. De los antiguos y de los modernos. De los griegos, de los narradores rusos y de la psicología alemana. Los griegos..., la danza, el ballet ruso de Diaghilev y la maravillosa Lopokova. Estudian a Bergson y a G. Moore. El sentido que este filósofo da a «lo bueno» en sus *Principia Ethica* puede levantar tempestades. Roger Fry les descubre el mundo luminoso de los postimpresionistas franceses: el de Van Gogh, Gauguin, Derain. Luego, el cubismo viene a deslumbrar a estos ingleses deseosos de ampliar su insularidad. También se habla de economía, de política